

1

EN EL PRESENTE...

Los sábados por la noche en el campo se parecían muchísimo a los sábados por la noche en Londres: un grupo de amigos sentados frente a la televisión, decidiendo si trasladábamos la fiesta del sofá al bar, al restaurante o a ambos sitios. Yo esa noche había votado por que nos quedáramos bajo techo y había perdido.

—Pensaba que íbamos a ir al *pub*, panda de aburridos —gruñó Adam, sumido en uno de sus mosqueos cada vez más habituales. El temperamento de Adam se encendía con más frecuencia cuanto más se acercaba a tener un tres al principio de su edad, y salía de juerga tanto como podía, rechazando toda evidencia de que ya no era un niño. Aunque yo estaba convencida de que todos íbamos a llevar mal lo de cumplir treinta, Adam era el primero de nuestro grupo en alcanzar el hito.

—Nos iremos en cuanto acabe esto, así que cierra el pico —repliqué, señalando la tele con la barbilla. Los seis, incluidos Matt y Daniel, estábamos absortos en la contemplación de los famosos vestidos con trajes de gala y cubiertos de lentejuelas, pero Adam iba de un lado a otro, inquieto. Llevaba todo el día de mal humor.

—Ava, me sorprende que te guste esta mierda de purpurina y brilli-brilli. Eres como una cría.

—Sí, sí, tú te quedaste con toda la inteligencia —repliqué—. ¿Por qué no te largas y nos dejas ver el programa en paz? —Odiaba seguirle la corriente a Adam cuando se comportaba de ese modo, pero ignorarlo era inútil.

—Menos mal que por fin voy a recuperar a mi colega. Este verano voy a darme un revolcón con una chica distinta cada día —murmuró Adam.

—Claro que sí. —Daniel rio entre dientes, yendo hacia la barra—. Podrás quedarte con sus sobras.

—Ya nadie dice «darse un revolcón», Adam —dijo Leah; se atusó el pelo y, con ese simple gesto, consiguió cortar a Adam y lucir su hermoso cabello al mismo tiempo—. No estamos en 1996. —Jules levantó la copa para que Daniel la rellenara y este, como el perfecto caballero que era, acercó la botella de vino medio vacía que estaba sobre la barra—. ¿Nadie le ha echado el guante todavía a ese pedazo de tío? —preguntó; Daniel vertió el alcohol en su copa.

¿De qué pedazo de tío habla? El estómago me dio un vuelco inexplicable. Tenía la impresión de que algo se me estaba escapando, y, aunque seguí mirando fijamente la pantalla, bajé el sonido e intenté escuchar con más atención lo que hablaban Daniel, Adam y Jules.

—No. Y no necesito sus sobras, así que vete a la mierda, Daniel. Vamos a quemar Londres juntos cuando llegue —soltó Adam, y apuró la cerveza de un trago.

—¡No si yo lo atrapo primero! —Jules dio un brinco en el sofá.

¿De quién están hablando?

—Tú también puedes irte a la mierda, Jules. Y que ni se te ocurra acercarte a él. El chico ha regresado a la ciudad, y vamos a pasar el verano divirtiéndonos.

Me quedé sin aliento y tuve que cerrar los ojos para que el mundo dejara de dar vueltas a mi alrededor al darme cuenta de a quién se referían.

Joel.

Regresa a casa. Joder.

Adam nos había convencido de que debíamos desafiar el frío y terminar la noche de copas en el *pub* del pueblo, con sus suelos

de pizarra tricentenaria y esos techos tan bajos que Daniel y Matt tenían que agacharse para llegar a la mesa sin darse un cabezazo contra las vigas.

Hacía tanto calor que no podía ni respirar, y ni el jersey que me había puesto, ni la chimenea encendida ni la charla sobre Joel ayudaban demasiado. La conversación había derivado hacia otros temas, pero yo me moría por saber algo más. ¿Cuándo iba a regresar? ¿Y por qué?

Hacía mucho tiempo que no lo veía: siete años, nueve meses y quince días, para ser exactos.

—¿Estás bien, Ava? —preguntó Jules.

—Sí. Es que tengo calor. —Mis labios, ya secos por el viento escocés, se agrietaron por culpa de la sonrisa demasiado amplia que meforcé a esbozar.

Tenía que mejorar mi cara de póquer... y mi oído. El pub estaba en mitad de ninguna parte, pero, al parecer, toda Escocia se había metido ahí esa noche. Me costaba entender lo que decían mis amigos con el ruido de los cubiertos, la charla de los clientes y el eco en mis oídos que no dejaba de repetir «*Joel, Joel, Joel*». Las voces de mis amigos eran un murmullo incomprensible y yo solo quería regresar a casa y esconderme debajo de las mantas, pero me había ofrecido voluntaria para ser la conductora sobria. Gracias a Dios, al día siguiente terminaba nuestro fin de semana anual en el campo y todos regresábamos a Londres. Tenía que poner en orden mis pensamientos y descubrir si iba a poder mantener la compostura cuando me lo encontrara cara a cara.

Inspiré hondo e intenté concentrarme en lo que Adam estaba diciendo al otro lado de la mesa de pino macizo. Con el paso de los años lo que había empezado siendo una simple comida de Pascua se había convertido en un fin de semana en el campo. Daniel siempre reservaba unos alojamientos de lo más glamorosos e insistía en pagar porque era el hombre más rico de Inglaterra. Bueno, en realidad era el tercer hombre menor de cuarenta años más rico de Inglaterra, pero lo mismo daba: tenía mucho más dinero que todos nosotros. Al principio nos había-

mos resistido, pero había sido inútil y al final nos habíamos rendido. Ese año nos alojábamos en un precioso castillo antiguo en Escocia, con altas torres, grandes portones y personal a nuestro servicio. Era como un hotel en el que los únicos huéspedes éramos nosotros. No tenía ni idea de para qué habíamos bajado al *pub*: en el castillo había un cocinero y una bodega repleta de alcohol.

Pese a todo, era una tradición reconfortante. Los novios y las novias iban y venían, pero nosotros seis, que éramos amigos desde la universidad, no fallábamos ni un año. En esa ocasión Daniel había acudido con Leah. No llevaban mucho tiempo juntos, pero eran la pareja perfecta. El año siguiente por esas fechas quizá ya se hubieran casado. La vida de todos seguía adelante.

Ni Jules ni Adam habían llevado a sus parejas ese año. Jules se había deshecho de su última *víctima* el mes pasado, y Adam, por mucho que dijera, seguía lamiéndose las heridas después de que su novia, con la que llevaba cinco años, lo hubiera rechazado cuando él se le declaró el año pasado por esas mismas fechas. No tenía ni idea de si de verdad se iba a dar «un revolcón» con medio Londres, pero lo dudaba mucho. Jamás se le había dado bien el sexo ocasional. Era demasiado inseguro, una de las muchas razones por las que nunca habría nada romántico entre nosotros. Para mí, los hombres inseguros no eran *sexis*. Me gustaban los tíos fuertes, con confianza en sí mismos, que tenían claro cuál era su lugar en el mundo. Vamos, el ying de mi yang.

Matt y Hanna se metían con nosotros de tarde en tarde porque estaban convencidos de que íbamos a acabar juntos, aunque a veces apostaban por Adam y Jules. Matt y Hanna se habían enrollado en el primer trimestre de la universidad y se habían casado nada más graduarse. Representaban la estabilidad del grupo, como si fueran los pacientes padres de cuatro niños revoltosos. Estaban asentados, eran felices y deseaban eso para todos los que tenían a su alrededor.

Yo jamás había llevado a nadie al fin de semana anual en el campo porque no había estado con nadie desde Joel.

Dios, tenía que salir de ahí. La cabeza me daba vueltas, como si se hubiera roto la presa que contenía mis recuerdos sobre Joel y estuviera a punto de ahogarme. En los ocho últimos años lo había relegado a los rincones más recónditos de mi memoria. Pocas semanas después de que se fuera empecé a estudiar Derecho y después completé la formación en uno de los mejores bufetes del país. Me encantaban las largas horas de trabajo, la falta de sueño, la competencia tácita entre los abogados junior y la brutalidad del oficio.

Había sido mi castigo por ser débil.

Durante esos primeros años me había reinventado, decidida a no repetir los errores del pasado, y me había apartado de nuestro grupito. Había salido de noche alguna vez con ellos y, por supuesto, no había faltado a la celebración anual de Pascua, pero la mayor parte del tiempo me hacía demasiado daño estar con ellos, así que había mantenido las distancias a propósito. El grupo me recordaba demasiado nuestra historia común, lo que faltaba y quién faltaba; quién había sido yo. El trabajo había sido la excusa perfecta, y, a decir verdad, nadie se cuestionaba mi ausencia. Al cabo de un par de años compré mi primer piso en Clapham, cerca de Hanna y Matt; poco a poco empecé a verlos más y, con el tiempo, también a Adam; y luego a todos.

Me llevó años, pero recuperé mi vida más allá del trabajo, y la nueva Ava, segura de sí misma y abogada de éxito, volvió a tener amigos.

Pero no salí con nadie, nunca. Nadie iba a ser como Joel, y era absurdo intentarlo siquiera solo para acabar decepcionada y recordándolo de nuevo. Mis amigos curioseaban a menudo sobre mi vida sexual: Jules pensaba que me acostaba con mi jefe y Adam me preguntaba de tarde en tarde si era lesbiana y no me decidía a salir del armario, pero al cabo de un tiempo mi soltería dejó de ser tema de conversación: Hanna y Matt se casaron, Daniel se divorció, Jules era monógama en serie y una coqueta incorregible, Adam era un falso ligón con una novia con la que llevaba mucho tiempo y yo era soltera. Éramos así, nada más.

Pero el regreso de Joel podía cambiarlo todo.

2

EN EL PASADO...

La biblioteca siempre estaba llena al principio del trimestre. Como estaba en el último año, habría tenido que darme cuenta y habría debido venir antes en lugar de esperar hasta media mañana. El lugar estaba hasta los topes, y, tras veinte minutos de búsqueda, seguía sin encontrar ni un pupitre libre. Sabía de dos o tres sitios en el primer piso tan escondidos que era casi seguro que al menos uno de ellos estuviera libre, pero ese día había tenido que dejar esa planta, donde estaba la biblioteca jurídica, para ir a la tercera.

Al doblar la esquina vi a Joel: había un sitio libre frente a él. Quería hacerme con el hueco cuanto antes, pero me sentía incómoda, tímida, porque, en realidad, apenas nos conocíamos. Joel era amigo de Adam. Eran compañeros de clase —ambos economistas— y, aunque todos nos alojábamos en la misma residencia universitaria, Joel vivía fuera del campus, así que solo lo veía de forma fugaz cuando iba a visitar a Adam. A veces salía de noche con nosotros, pero siempre se mantenía un poco al margen del grupo. Adam y él iban en *pack*, pero, mientras que el resto de nosotros éramos amigos de primera mano, Joel era un amigo de segunda mano al que solo conocíamos a través de Adam.

Al tenerlo a cierta distancia me tomé unos segundos para mirarlo. Normalmente evitaba hacerlo porque no quería parecer una de esas mujeres desesperadas que siempre revoloteaban a su alrededor.

Me quedé de pie, oculta tras una estantería, y me quedé estudiándolo: tenía la cabeza ladeada y fruncía el ceño mientras pasaba de un libro a otro como si dijeran cosas completamente opuestas y él intentara encontrarles sentido. Se había dejado una barba de tres días y le daba un aspecto aún más masculino que de costumbre; todavía conservaba el bronceado veraniego y la camisa se le ceñía al ancho pecho; estaba remangado, lo que resaltaba los fuertes brazos y las manos, que parecían muy hábiles. ¿Siempre había sido tan guapo? ¿Y siempre había estado tan fuera de mi alcance?

Como si hubiera notado que alguien lo estaba mirando, levantó la cabeza y echó una ojeada a su alrededor. Sabía que debía apartar la vista y concentrarme en la estantería que tenía delante, pero no fui capaz. Sus ojos encontraron los míos y esbozó una sonrisa, a la que yo correspondí con una mueca bobalicona y un gesto estúpido con la mano, y fui hacia él.

Joder, soy patética.

—Hola, Ava. ¿Estás estudiando o has venido a buscar un libro?

—Intento encontrar un pupitre libre para empezar la tesis, pero el universo ha conspirado contra mí y la biblioteca está abarrotada —expliqué, con la voz al menos una octava más alta de lo que debía ser la de cualquier persona cuerda.

Cálmate, Ava.

—Qué mala suerte. Supongo que la mesa libre que tienes delante ahora mismo no te vale, ¿no? ¿Hay una maldición que dice que quienes se sienten aquí van a suspender los exámenes finales?

Era divertido y guapo, además de guay y encantador.

—¿Tú también lo has oído? Bueno, viniendo de un economista, tendré que creerlo; pensaba que solo era un rumor. Nos vemos. —Aparté la vista y me di media vuelta para marcharme.

—Siéntate, Ava.

Sin decir nada y evitando su mirada, dejé los libros y los papeles, y abrí el portátil.

Era una verdad universalmente reconocida, tanto por hombres como por mujeres, que Joel estaba bueno, y ni siquiera yo podía

negarlo. Medía más de metro ochenta, tenía cuerpo de nadador y su pelo, demasiado largo y revuelto, pedía a gritos que lo despeinaran. Los chicos se burlaban de él por ser guapo y las chicas coqueteaban con él con naturalidad. Fue su seguridad en sí mismo lo que me conquistó, aunque no estaba segura de si mostraba seguridad en sí mismo porque era guapísimo o si era guapísimo porque tenía seguridad en sí mismo. No era engreído ni arrogante, y no disfrutaba con las desgracias o las penas de los demás. Se sentía muy a gusto consigo mismo, o eso parecía. Siempre me había preguntado cómo era en realidad la gente así, qué encontrabas cuando profundizabas un poco más. ¿Su interior era como el mío?

El mundo en el que habitaba Joel no era como el de la mayoría de la gente: llevaba una existencia privilegiada. Le servían en el bar antes que a los demás, los desconocidos le sonreían por la calle y los dependientes estaban a su entera disposición. Visto desde fuera, el sol salía y se ponía por él. No estaba resentida con la gente como él, para la que todo resultaba más fácil, y jamás había pensado que fuera injusto, aunque era muy consciente de que su mundo y el mío eran muy distintos y nunca iban a juntarse. Jamás.

Pero sentarme frente a él hizo que nuestros mundos convergieran aunque solo fuera un poco. Escondida tras una cortina de pelo, vi cómo la gente se detenía junto a la mesa para estrecharle la mano o guiñarle un ojo —mujeres sobre todo, pero no exclusivamente—. Incluso el personal de la biblioteca lo saludaba con deferencia. Ninguna de esas personas me dedicó una segunda mirada. Para mi vergüenza, de vez en cuando Joel me pillaba estudiando sus interacciones con sus numerosos admiradores y no decía ni palabra; se limitaba a sonreír.

A pesar del espectáculo que tenía delante, conseguí hacer más trabajo del que esperaba. Joel siempre sacaba buenas notas, y yo había supuesto que, como todo lo demás en su vida, le resultaba fácil, pero cuando sus admiradores no lo distraían, Joel trabajaba duro, muy duro, y, como el resto de los mortales, debía estudiar para ir bien en las clases. Yo no era competitiva, pero no iba a

dejar que un chico guapo como Joel estudiara más que yo. Me tomé menos descansos de lo habitual —o eso me pareció— porque quería que supiera que yo también me esforzaba mucho.

Cuando uno de sus amigos, casi igual de atractivo, se acercó para invitarlo a tomar un tentempié, Joel me pidió que me fuera con ellos y yo me negué al momento. Necesitaba alejar la cabeza de los estudios, pero también alejarme yo de él.

Pasadas las siete, estaba a punto de tirar la toalla. Joel seguía totalmente entregado a su tarea, que parecía complicada, con gráficos, números y demás. Sin decir nada, me puse a recoger mis cosas. Cuando cerré el portátil, levantó la vista.

—¿Ya te vas? Te acompaño.

Tenía pinta de estar agotado, con los ojos somnolientos —de un modo muy sexy— y el pelo alborotado de tanto mesárselo.

—Quédate —rechacé—. Pareces muy concentrado.

—No, ya he acabado. Voy contigo. —Se reclinó en la silla y se pasó las manos por el pelo.

—Pero seguro que Adam vendrá a buscarte... —Pensaba que Joel querría pasar un rato con él, pero me miró y frunció el ceño.

Recogimos nuestras cosas en silencio y salimos.

En el camino peatonal de regreso a los dormitorios no pronunciamos palabra; Joel se mostraba muy cómodo con ese silencio, pero no podía decirse lo mismo de mí.

—Así que trabajas duro... —solté.

Joel echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Pareces sorprendida. ¿Pensabas que me hacían otros los trabajos?

—No. Lo siento. Solo creía que te resultaba fácil o algo así.

Cuando una pareja que venía en dirección contraria se cruzó con nosotros, se agachó hasta mi oído.

—Nada que merezca la pena es fácil, Ava.

Se me enrojecieron las mejillas. ¿Estaba flirteando conmigo? Mantuve la vista clavada en el camino que tenía delante y él se echó a reír de nuevo.

Se estaba burlando de mí. Maravilloso.

—Eso es cierto en la mayoría de los casos —comenté.

—¿Cuándo no lo es?

—Lo único que digo es que algunas personas tiene una vida más fácil. Los planetas se alinean para unos, pero no para otros.

—Vaya, eres una de esas —sonrió.

—¿Una de quiénes? —Me detuve en mitad del sendero.

—Ya sabes... —Se detuvo a mi lado, me quitó la mochila y se la echó al hombro—. Las chicas que tienen una fascinación incomprensible por la astrología.

Me cabreé y fruncí el ceño.

—No soy «una de esas», como tú dices. —Estaba etiquetando a las mujeres como personas a las que no les importaban los hechos o la ciencia, y yo era inteligente. Su expresión me dijo que me había entendido—. No me refería a la puta astrología, como si fueras a conseguir un trabajo mejor por ser leo y no virgo. —Puse los ojos en blanco—. Me refería a que hay gente que tiene más suerte y la vida les resulta más fácil. Es un hecho probado que las personas atractivas tienen más probabilidades de conseguir un ascenso y menos de sufrir una depresión, e incluso te pagan más si eres más guapo. Se han hecho estudios científicos al respecto. —Joel estaba en ese grupo de élite que siempre lo tenía más fácil que el resto. Había dejado de reírse, pero su sonrisa seguía ahí. Tenía una expresión extraña, como si intentara trasmitirme un mensaje mental porque no le salían las palabras—. ¿Qué? —Eché a andar.

Me alcanzó con dos larguísimas zancadas.

—Bueno, yo... Tienes razón. Perdóname. Te he malinterpretado.

—Vale. —Probablemente me había excedido, pero detestaba que la gente, que Joel, pensara que yo era una de esas chicas.

—¿Todo bien?

—Todo bien. —Asentí y sonreí ante el intercambio.

—Por cierto, te pones muy guapa cuando dices palabrotas —dijo. Le di un manotazo en el brazo. No quería alentar a Joel Wentworth para que coqueteara conmigo. Era demasiado peli-

groso—. Y crees que soy atractivo. Genial. —Miró al frente, sonriendo, y le di otro manotazo. Era encantador.

Cuando llegamos a la residencia, nos topamos con Adam, que salía de nuestro bloque.

—Oye, acabo de llamarte —le dijo Adam a Joel cuando nos acercamos—. ¿Te apetece una cerveza? —Su mirada se deslizó de Joel a mí y de nuevo a Joel—. ¿Dónde habéis estado? No importa. —La puerta de un dormitorio se cerró con un golpe en el piso de arriba—. Venga, vámonos.

Pasé por delante de los dos y me dirigí a mi habitación en la planta baja.

—Espera, voy a llevarle la mochila a Ava y voy contigo —dijo Joel.

Yo abrí, me quité los zapatos y me dejé caer sobre la cama. Joel llamó a la puerta, que yo había dejado abierta.

—¿Estás visible? Si es así, puedo volver más tarde...

—Eeh... entra. —¿Se me estaba insinuando?—. Gracias por llevarme la mochila.

—Ha sido un placer. Eres una gran compañera de estudios y muy fácil de liar. Es una combinación ganadora. Tenemos que repetirlo.

Cuando quieras, pensé, aunque sabía que solo estaba siendo educado. Claro que podía convertirme en la mejor estudiante de la clase si estudiaba tanto como cuando estaba con Joel.

—Voy a tener que mudarme a la biblioteca este trimestre si quiero acabar la tesis.

—De acuerdo —aprobo, pasándose la mano por el pelo, con el ceño un poco fruncido—. Mañana te recojo.

¿Lo decía en serio?

—Vale... —Dejé la palabra colgando, como si esperara que me dijera que era una broma, pero no lo hizo, y no pude reprimir una sonrisa.

—Vale. —Sonrió también.

—Largo de aquí, perdedor. —Puse los ojos en blanco, fingiendo exasperación. Era guapo y divertido, y el corazón me dio

un vuelco al ver esa sonrisa. Y era muy injusto: ¿por qué ese tío tenía todas las mejores cualidades del mundo?

Pero cuando al día siguiente no me recogiera ya no iba a ser tan perfecto.

Fiel a su palabra, Joel fue a buscarme por la mañana para ir a la biblioteca y me acompañó a casa por la noche. Y lo mismo al día siguiente. Y así nos convertimos en compañeros de estudios, en amigos de buenas a primeras y en frikis de la biblioteca. Disfrutaba de su compañía y de su atención y él, por algún motivo, no dejaba de aparecer ni de acompañarme.

Al principio nuestras conversaciones se limitaban a los paseos de ida y vuelta a la biblioteca, pero luego empezamos a almorzar juntos y a hacer algún que otro descanso. Joel no tardó en convertirse en la persona con la que pasaba más tiempo de entre todos mis amigos de la universidad, incluidas mis compañeras de habitación. Más que eso, era la persona con la que quería pasar todo el tiempo que estuviera despierta. Además de ser un regalo para la vista y de hacerme reír todo el tiempo, era amable y atento. No solo conmigo, sino también con todos los que se cruzaban con él.

Me detuve un instante cuando se abrieron las puertas automáticas de la tercera planta y vi a Joel. Yo había estado en una tutoría toda la mañana, así que ese era el primer día que no habíamos ido juntos a la biblioteca. Me acerqué a nuestro escritorio y encontré una chaqueta en la silla de enfrente y un par de libros sobre la mesa. Se me encogió el corazón. Tenía un nuevo compañero de estudio.

—Hola, Ava —susurró Joel.

—Hola. —Fingí una sonrisa.

—¿Qué tal las clases?

—Bien. Difíciles, pero bien. —Me encogí de hombros, mirando a mi alrededor para ver si había una mesa cerca.

—Entonces será mejor que te sientes y estudies. —Su mirada regresó a los libros.

—Sí, gracias, papá. Voy a buscar un sitio libre.

Dios, lo había interrumpido al acercarme a hablar con él. Qué vergüenza. Quise apartarme, pero Joel me agarró de la muñeca y me quedé inmóvil.

Joel Wentworth me estaba tocando, y el corazón me latió descontrolado en el pecho.

—Te he guardado el sitio. Pásame la chaqueta, ¿quieres? —Me soltó la mano y señaló la prenda que estaba sobre la silla, frente a él.

Me había guardado un asiento. ¡Me había guardado un asiento! No había metido la pata: él quería que me quedara.

Meforcé a mantener una expresión neutra.

—Vale, gracias.

—De nada. —Me dedicó su preciosa sonrisa, a la que no pude evitar corresponder.

—Vale, perdedor.

Saqué los papeles y el portátil y me puse a trabajar. Al cabo de una hora mi concentración empezó a flaquear y mi imaginación se puso a vagar en círculos. ¿Cómo era Joel en las clases? ¿Se sentaba delante con la mano levantada todo el rato o estaba detrás, ignorando al profesor y flirteando con la chica que tuviera al lado? Una bola de papel arrugado cayó sobre mi teclado y me devolvió a la realidad. Al levantar la vista, Joel me estaba sonriendo, y señaló con la cabeza las estanterías que tenía a su lado.

¿Qué?

Joel señaló de forma más exagerada. Estiré el cuello, pero no veía nada. «*¿Qué?*», vocalicé.

«*Ven aquí*», me respondió de igual modo.

Eché la silla hacia atrás y di la vuelta a la mesa, de espaldas a donde él miraba. ¿Por qué se mostraba tan reservado? Me incliné hacia él, agarrándome a la mesa.

—¿Qué? —pregunté en voz baja. Hizo un gesto con el dedo para que me acercara y me eché hacia delante.

—Algunas personas tienen un sistema de estudios más físico que el nuestro —susurró Joel—. Mira a tu derecha.

Tan sutilmente como pude, giré la cabeza y a través de los libros vi a una pareja que debía de pensar que su escondite era bueno. Se besaban con fervor, las manos recorrían desesperadamente el cuerpo del otro, trazando los contornos bajo la ropa, como si en cualquier momento fueran a separarlos para siempre; no podía apartar la vista de ellos.

—Te gusta mirar —murmuró Joel. No era una pregunta. Y debí contradecirlo, debí decirle que lo había malinterpretado, pero no lo hice porque tenía razón. Había algo irresistible en la pareja, algo que no podía dejar de mirar.

Joel estaba tan cerca de mí que se me erizó la piel al sentir su aliento en mi cuello. En ese momento todo lo que quería era que Joel me besara como el chico al que estaba mirando. Me latió con fuerza el corazón y se me aceleró el pulso.

—Supongo que es su forma de desahogarse —logré decir por fin, enderezándome—. Como una forma de aliviar el estrés o algo así. —Estaba sin aliento.

—¿Quieres probarlo?

Volví la cabeza hacia Joel, que me guiñó un ojo.

—No me hagas guiños, Joel Wentworth. —Fingí una actitud altanera y regresé a mi asiento.

—¿Qué? Solo me preocupaba por tus niveles de estrés.

No era de extrañar que nunca le faltara atención femenina: conseguía combinar el coqueteo con las bromas para no parecer arrogante.

—Vale, bien, gracias por la oferta.

—Vale, bien, cuando quieras. —Enarcó las cejas y me dedicó esa sonrisa ridículamente hermosa.

Agaché la cabeza y fingí que estaba estudiando como una loca. La situación no había sido ambigua en absoluto: Joel había flirteado conmigo y, lo que era peor, yo lo había disfrutado. Tuve que recordarme a mí misma que Joel no podía evitar coquetear. Estaba programado genéticamente para ser guapo y encantador, y yo tenía que inmunizarme: no era algo personal, solo era Joel siendo él mismo.

3

EN EL PRESENTE...

Me había pasado los ocho últimos años trabajando duro para centrarme en mi carrera y avanzar en ella, huyendo de cualquier complicación personal. Podía controlar mi profesión: cuanto más trabajaba, más éxito tenía, y eso compensaba el que no hubiera nadie especial en mi vida. Por supuesto, lo había intentado: los primeros meses después de que él se fuera salí con un par de hombres como parte de mi reinención, pero no ponía el corazón en ello. Quería a Joel, estaba enamorada de él y nadie estaba a su altura. Cuando necesitaba un acompañante para los eventos y las cenas de etiqueta, llamaba a Adam, y tenía buenos amigos.

Pieza a pieza, había conseguido recomponer mi vida.

Pero Joel iba a regresar, y sin duda no habría perdido ni un ápice de su encanto ni de su atractivo.

Hacía ocho años que Joel se había ido a Nueva York, y yo no había vuelto a verlo ni a hablar con él. Una parte de mí confiaba en que todo iba a arreglarse entre nosotros: que iba a regresar, a perdonarme, a declarar que siempre íbamos a estar juntos. Había pensado que podíamos volver a ser felices o que iba a desenamorarme de él, pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro.

Joel se había ido, y, sin embargo, no lo había olvidado. Al pensar en que iba a encontrarme cara a cara con él me había dado cuenta de que mi visión de la realidad estaba distorsionada: pensaba que Joel seguía conmigo porque lo llevaba en el corazón, y todavía hablaba con él dentro de mi mente; seguía sonriendo cuando veía a

parejas besándose cuando creían que nadie las veía, aunque solo fuera porque sabía que eso habría hecho sonreír a Joel. Seguía su carrera bien a través de lo poco que me contaban Adam o Matt, bien a través de alguna que otra búsqueda en Google.

Nunca había dejado de echarlo de menos.

No lo había dejado marchar porque no estuviera enamorada, que lo estaba, pero el amor no había sido suficiente.

De vez en cuando él regresaba a Londres de visita o por trabajo, pero yo siempre me las arreglaba para estar ocupada o fuera de la ciudad. Él me había dicho que quería una ruptura limpia, y era lo mínimo que podía concederle, y, como nuestros amigos no sabían que habíamos estado juntos, nadie se había metido en medio.

Pero iba a regresar para quedarse, así que no iba a poder esquivarlo. Mi cerebro, al que había conseguido engañar haciéndole creer que era feliz, que podía vivir con una relación unilateral y a distancia, debía enfrentarse a la realidad: estaba enamorada de un hombre al que no había visto y con el que no había hablado en ocho años. Mierda.

Las oleadas de pánico que habían comenzado en el viaje a Londres se habían vuelto más violentas cuando me encontré a solas y amenazaban con asfixiarme, y solo había una cosa que podía hacer: pensar en positivo. Siempre había sido capaz de mantener la cabeza fría en momentos de crisis, y esa era mi oportunidad para demostrarlo. Miré el cartón de helado vacío que había sobre la mesita e inspiré hondo.

Cogí el móvil, que se había quedado debajo de una de mis piernas, y silenció la televisión que no había estado escuchando.

—Jules, hola. Necesito tu ayuda.

—Claro. Haría cualquier cosa por ti. Aunque te costaría convencerme de participar en una orgía. Pero iría contigo a un club de sexo. ¿Se trata de eso? He oído hablar de uno en Hammersmith...

—¿Qué? No. —Sacudí la cabeza—. Escucha, sé que estás en esas aplicaciones de citas...

—¡Dios mío! —chilló Jules—. Por fin lo he conseguido. —Siempre me suplicaba que quedara con hombres mediante esas aplicaciones, y hasta ese momento me había negado en redondo—. Ya sabes que es la única forma de conocer a alguien en Londres. Va a ser genial.

Sabía de sobra que iba a ser cualquier cosa menos genial, pero, con suerte, si salía con otra persona, Joel no iba a pensar que había estado esperándolo, ¿no?

—Aún no te he dicho nada...

—Puedo oír tu tono resignado.

—Vale, entonces, ¿me ayudarás a subir un perfil? —pregunté.

—Mañana por la noche. Tú pones el vino y yo, el portátil. Lo vamos a pasar genial.

—De acuerdo. Pero no se lo digas a nadie. —Había conseguido que mi falta de vida amorosa dejara de ser el centro de atención y no quería remover las aguas, pero aun así necesitaba algo a lo que agarrarme para no derrumbarme cuando él regresara a Londres. Y por mucho que supiera que nadie iba a estar a la altura de Joel, quizá podía encontrar a alguien que acallara esa parte de mí que todavía lo esperaba—. Sobre todo no se lo digas a Adam.

—¿Porque tenéis una aventura? —preguntó.

—Porque se burlará de mí. —Si Jules se lo contaba a Adam, él iba a chivárselo a todos los demás, incluido Joel—. Por favor, Jules —supliqué, aunque sabía que detestaba que lo hiciera.

—Bien. Como quieras. Tampoco hace falta que te pongas así...

Colgué el teléfono e inmediatamente me sentí mal.

Mierda...

Tenía que superarlo antes de que él llegara.

4

EN EL PASADO...

Joel y yo nos movíamos por la cafetería siguiendo un patrón que ya nos resultaba familiar. Los gritos de las mesas y el ruido de las bandejas sobre el metal solo eran ruido de fondo, y no porque Joel y yo estuviéramos hablando, sino porque estábamos concentrados en la tarea. En las últimas semanas nos habíamos acostumbrado a esa rutina y nos repartíamos las tareas en silencio: él se ocupaba del mostrador caliente y yo, del frío, y no cruzábamos palabra, tan solo gestos. Joel elegía entre dos refrescos que yo sostenía frente a él señalando con un dedo y yo sonreía cuando él se hacía con una ración extra de patatas fritas sin que yo tuviera que pedírselas.

Nos encontramos en el mostrador de los cubiertos.

—¿Has cogido el ketchup? —preguntó. Ladeé la cabeza como diciendo: «Claro que he cogido el ketchup, ¿no lo hago siempre?». Y él me dedicó una sonrisa satisfecha, me guio hasta las mesas y se hizo con un sitio junto a la ventana—. ¿Qué tal el simulacro de examen? —preguntó; sacudió la bolsita de ketchup y examinó la hamburguesa como si estuviera considerando cómo hincarle el diente.

—Bah... —suspiré, dramática.

Me miró como si no me hubiera oído bien.

—¿Bah? —Asentí—. Eres una friki.

—¿Por qué? ¿Porque he dicho «Bah»? —Saqué los tomates *cherry* de mi ensalada y los dejé en la bandeja de Joel.

—Sí. —El dejó el envase de cartón de las patatas fritas en mi bandeja y yo le tendí su refresco. Ya estábamos listos.

—Vale. —Me encogí de hombros.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Cogió la hamburguesa con las dos manos.

—¿Y qué más quieres que te diga?

—Quiero que me cuentes cómo te ha ido, friki. —Puso los ojos en blanco y le dio un enorme bocado a la hamburguesa.

Me reí de su exasperación.

—Ni bien ni mal. —Revolví la ensalada para que quedara bien aliñada.

—Ah, vale, eso lo explica todo. —Tenía la boca llena, y habría debido ser asqueroso, pero como la mayoría de las cosas que hacía Joel, había resultado muy mono.

Sacudí la cabeza, porque no me convenía pensar que nada de lo que hacía era «mono».

—¿Qué? Era un examen de Derecho Europeo. ¿Qué más quieres saber?

Tragó antes de hablar.

—Yo qué sé... A ver, ¿te han preguntado sobre la diferencia entre efecto directo y aplicabilidad directa en relación con el asunto antimonopolio?

No supe muy bien qué responder. Joel me miró, expectante, y yo enarqué las cejas.

—Y la friki soy yo...

Se echó hacia atrás.

—Oye, ¿y ahora por qué crees que soy un friki?

—Eres un friki porque, A, te encanta la Economía y, B, sabes demasiado sobre mis exámenes. Exámenes de De-re-cho. Y sí, me lo han preguntado.

—Lo sabía. —Alzó el puño y negué con la cabeza.

—Friki de manual.

—Lo admito —sonrió.

Miré hacia la izquierda para evadirme del cosquilleo que sentía cada vez que él sonreía de ese modo. Yo sabía que él no podía evitar sonreír así. Dave Johnson venía hacia nosotros, que estábamos en una mesa para cuatro; esperaba que no fuera a sentarse.

—Oye, ¿has ido hoy al entrenamiento de hockey? —preguntó, y yo intenté pasar desapercibida y me concentré en la ensalada.

No sabía si era porque Joel estaba fuera de mi alcance o porque todo el mundo estaba tan centrado en sus historias, pero nadie se daba cuenta de que él y yo pasábamos mucho tiempo juntos. Adam lo achacaba a que compartíamos tendencias frikis, y le encantaba pensar que era más guay que Joel, aunque yo sospechaba que en el fondo él sabía que no era así: le faltaba la confianza en sí mismo que Joel tenía a raudales. Mis amigos sabían que iba a buscarme y que me acompañaba a casa de vez en cuando; en realidad, Joel me acompañaba casi todas las tardes, pero como luego se encontraba con Adam, daba la impresión de que yo solo estaba ahí por casualidad.

Levanté la vista mientras Joel y Dave hablaban de los entrenamientos, de la rodilla rota de Lee Rigby y de si este iba a volver a jugar ese curso. El pecho de Joel me pareció más ancho cuando se reclinó en la silla, y los músculos de los brazos se le contrajeron como si estuviera a punto de empezar a hacer flexiones.

Dave no me miró ni una sola vez, y no me importó lo más mínimo. Dentro del bullicio de la vida universitaria, Joel y yo habíamos construido un mundo secreto solo para los dos; él había salido de ese mundo un momento, pero no iba a tardar en regresar a él.

No me hacía ilusiones: éramos compañeros de estudios, amigos, pero aun así me deleitaba con esa intimidad. Sí, era un compañero absurdamente guapo, pero nadie, ni siquiera yo misma, pensaba ni por un segundo que pudiéramos ser nada más. Estaba fuera de mi alcance. Yo apenas usaba maquillaje y me importaba una mierda lo que llevaba puesto mientras fuera abrigada; no recordaba la última vez que me había cortado el pelo, que se deslizaba sin forma por mi espalda y que jamás me molestaba en secármelo con secador porque me llevaba demasiado tiempo. Las chicas de las que se rodeaban Joel y Adam iban bien arregladas, eran guapas y alegres y siempre se mostraban dispuestas a reírse con sus chistes. Esas mujeres y yo no éra-

mos de la misma especie, aunque yo no les guardaba rencor y ellas no se fijaban en mí; la vida era así.

Joel coqueteaba conmigo, de eso no había duda, pero era su forma de ser. Y aunque yo seguía fingiendo que era inmune a sus encantos, lo de la inmunidad no se me estaba dando demasiado bien, porque, sí, claro que pensaba que era devastadoramente atractivo, pero, además, me gustaba y disfrutaba pasando el rato con él; quería compartir con él todas las novedades y deseaba saberlo todo sobre su vida más allá de la biblioteca: sus sueños, sus esperanzas... Quería conocerlo de la cabeza a los pies.

Solo eran las ocho de la mañana, pero ya llevaba dos horas levantada. La semana siguiente tenía tres fechas de entrega, y debía estudiar como si me fuera la vida en ello si quería aprobar.

—Hola, pasa —susurré cuando Joel llamó con suavidad a la puerta; esas maneras dulces y consideradas siempre me hacían sonreír: tan cortés como de costumbre, sabía que mis compañeras de habitación aún iban a seguir durmiendo un buen rato.

—Siento el desorden —dije, pasando la mano sobre el escritorio para amontonar los papeles.

Como no respondió, miré por encima del hombro y lo vi apoyado contra la pared. En lugar de su sonrisa habitual tenía el ceño ligeramente fruncido, como si le doliera algo.

Lo miré, intentando descubrir qué le rondaba por la cabeza.

—Dios, estás preciosa con esta luz, Ava —murmuró, serio.

Me di la vuelta, preguntándome si le había oído bien. Abrí la boca para responder cualquier cosa y su mirada se dirigió a mis labios y de nuevo a mis ojos. El corazón me latió con fuerza en el pecho. ¿Qué estaba pasando?

Me volví de nuevo. Debían de ser imaginaciones mías. Tenía que haber malinterpretado la situación.

—No, no lo estoy —susurré, por si había oído mal. Cogí el bolso para guardar los libros.

El calor de su cuerpo me recorrió la espalda: casi estábamos tocándonos.

—Sí. Sí lo estás —musitó; esas palabras me recorrieron de arriba abajo, y me quedé paralizada cuando me pasó la mano por el brazo.

—Joel —dije con una vocecita temblorosa. ¿Qué estaba haciendo?

—Date la vuelta, Ava. —Su voz ronca era más grave de lo habitual, y me estremecí. ¿De verdad estaba pasando? Joel no elegía a chicas como yo. De mala gana me giré, pero no me atreví a hacer contacto visual—. Ava —repitió; me pasó la mano por el cuello, la deslizó bajo mi pelo y me acarició la nuca.

Nuestras frentes se tocaron y nuestros alientos se entremezclaron. Permanecimos así durante largo rato, al borde de algo. Alcé las manos con timidez hasta apoyarlas sobre su pecho. Ay, Dios, ese pecho. Me había sentado frente a ese magnífico torso durante las últimas semanas, imaginando lo que habría sentido al tocarlo, al acariciarlo, al besarlo... Era ancho y duro, y sin duda habría cumplido todas mis expectativas. No me atrevía a moverme, preocupada por perder el control y no ser capaz de detener lo que él había empezado y caer y caer y caer...

Se apartó despacio y me dio un suave beso en la frente. Cerré los ojos y me quedé inmóvil. Bajó la cabeza hasta mi cuello y sus labios trazaron un sendero desde la oreja hasta la clavícula. Jadeé y, como si hubiera estado conteniéndose hasta ese momento, buscó mi boca con urgencia y me estrechó contra él.

No sabía ni dónde estaba, como si flotara en el espacio, donde no había izquierda ni derecha ni sonidos ni luz. Me dejé llevar un segundo; o tal vez un minuto. Quizá dos.

Deslizó la lengua por mi labio inferior y dejó un suave beso en la comisura de mi boca. Gemí cuando mi lengua jugó con la suya, y él me abrazó para estrecharme contra su cuerpo y que no quedara ni un resquicio entre nosotros. Su beso se hizo más profundo y sentí cómo se tensaba contra mi vientre. Lentamente, le pasé las manos por la camisa y subí hasta los hombros.

Quería sentirlo por entero. Deslicé los dedos por su pelo y él dejó escapar un gemido. ¿De verdad lo había hecho gemir?

De repente deshizo el beso. ¿Se había dado cuenta de su error?

—Sabes incluso mejor de lo que imaginaba. —Suspiró y me besó de nuevo en los labios, en la comisura, y una vez más en los labios—. Eres tan suave...

Seguí explorando sus hombros y su cuello.

—¿Has pensado en mi sabor? —¿La química que había sentido entre nosotros todas esas semanas no habían sido imaginaciones mías? ¿No se había tratado solo del encanto típico de Joel Wentworth? ¿Había sido por mí?

—He tenido pensamientos muy inapropiados sobre ti, Ava Elliot —dijo, y me besó hasta que se me cayeron las bragas.

Me dio un vuelco el corazón y eché la cabeza hacia atrás. Su boca alcanzó mi cuello y su lengua me recorrió la piel. La sensación era tan intensa que casi no podía soportarla.

—Estamos aliviando el estrés, ¿eh? —murmuré, recordando una conversación anterior.

—Algo así —respondió, justo antes de que yo le atrapara el labio inferior entre los dientes.

El beso se prolongó hasta el infinito, y me habría encantado quedarme así hasta la graduación, pero un portazo en el piso de arriba invadió nuestro mundo privado, y ambos miramos hacia la puerta cerrada en dirección al sonido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó; apartó las manos de mi pelo y entrelazó los dedos con los míos.

Me encogí de hombros.

—Debe de ser Adam. Es muy ruidoso. —Adam no se habría creído lo que había ocurrido debajo de él, en esa habitación. Nadie lo habría creído.

—Por favor, no se lo digas a nadie —musité sobre sus labios, que seguían a milímetros de los míos.

—Te lo prometo. Nadie sabrá nada. —Asintió y me pegó a él de nuevo, y consiguió que me callara solo con la fuerza de su abrazo.

Dicen que una promesa hecha con facilidad se rompe con facilidad, pero estaba segura de que Joel iba a cumplirla. ¿Por qué iba a querer que lo nuestro se supiera? Podía tener a cualquier chica del campus, y nadie iba a entender que me hubiera besado a mí.

—Bueno... —dije, tratando de llenar el silencio.

—Sí... —susurró contra mi oído.

Dios, me encantaba sentir su aliento en el cuello. Me eché hacia él; quería tenerlo más cerca.

—Mmm —fue lo único que pude decir; la cabeza me daba vueltas.

Joel se apartó de golpe.

—Deja de distraerme. Vamos a la biblioteca. —Me dio una palmada en el trasero y di un brinco ante su repentino cambio de marcha—. Se acabó el recreo. Si me quedo en esta habitación a solas contigo un minuto más, puede que no me vaya nunca. —Me sonrió y me mordí los labios para no corresponder a su sonrisa.

El corazón se me hinchó en el pecho cuando recogimos mis cosas y él se echó la mochila al hombro y me guio hacia fuera con la mano en la parte baja de mi espalda.

Nadie podía saber lo que acababa de pasar. No quería ser etiquetada como la estúpida friki que creía tener una oportunidad con Joel Wentworth. Podía ser su compañera de estudios y su amiga, pero no tenía pensado hacer el tonto.